

EL ESCÁNDALO DE LA INFANCIA

A propósito del “Día de las Infancias”

Gastón H. Guevara

Hay más de un modo de cometer infanticidios y uno de ellos es asesinar a la infancia sin asesinar al infante”. De esta manera, el sagaz Chesterton estampaba con perentorio acento una frase portadora de un hondo pesar. Empero, creemos, que ni en sus más osados sueños el inglés pudo imaginarse lo que la actualidad nos depara a nosotros. Asistimos hoy a un hecho que merece de parte de Nuestro Señor uno de los más severos y duros anatemas: el *escándalo de la infancia* (Mt. 18, 6).

Los predilectos de Cristo

El Señor tiene una preferencia misteriosa por los pequeños, los llama, los acoge a su lado y los pone como ejemplo: *sed como niños*. Esta exhortación tienen un paralelo asombroso, para nosotros, con otra que se encuentra en Mt. 5, 48 y que dice: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*”. La semejanza entre ellas es asombrosa. Ya que para acceder al Reino Eterno hay que ser perfectos como el Padre, misericordiosos como Él. Pero a su vez hay que ser como niños. Ser como el Padre y ser como niños se presentan como modos de ingresar al Cielo. Pero qué tienen los niños que se asemejen al Padre. Tal vez la simpleza. Y qué tiene el Padre que lo asimile a los niños. Si se nos permite la analogía podemos ver lo que sigue. Dado que los niños poseen un espíritu de rebosante vitalidad. Dado que poseen un espíritu impetuoso y libre, les agrada y se gozan en ello que las cosas se repitan una y otra vez y no cambien. Por eso ha dicho Chesterton que los niños constantemente repiten “Hazlo de nuevo”. Y el adulto lo hace casi hasta morir, porque el peso de la costumbre y la monotonía lo aburre, no somos lo suficientemente fuertes para alegrarnos en la reiteración. Tal vez Dios, y en esto seguimos al genial Chesterton, tal vez Dios es lo suficientemente fuerte para alegrarse en la monotonía y le diga cada mañana al sol “hazlo de nuevo”, y cada atardecer a la luna “hazlo de nuevo”, y a la primavera “hazlo de nuevo”, y al manzano “hazlo de nuevo”, y

cada uno de nosotros al despertar en la mañana “hazlo de nuevo”. Y termina Chesterton diciendo: *“Es posible que Él tenga el apetito eterno de la infancia, pues nosotros hemos pecado y crecido, y nuestro Padre es más joven que nosotros”*.

Hay un misterio inescrutable tras estos privilegiados del Señor que no podríamos descifrar aunque quisiéramos. Hay un recóndito murmullo eterno en la mirada diáfana del niño que nos produce una nostalgia que nos hace interrogar acerca de una honda singularidad que se presenta bajo el velo de una carencia, pero a su vez de una llamada. Así como las campanas en tiempos medievales llamaban a detenerse para rezar el *ángelus*, así la mirada del niño nos obliga a detenernos a contemplar esos ojos cargados de cielo que nos llaman a purificar los nuestros para *ser como ellos*.

Pobre de aquel que escandalice a uno de estos pequeños

Volvamos a la frase de Chesterton. Vemos que tiene un cariz perfectamente evangélico, pues *asesinar la infancia sin asesinar al infante* es lo que Jesucristo llamó *escándalo*. El *escándalo* trae al menos dos consecuencias, en las cuales una se sigue de la otra. Implica, en primera instancia, arrancar violentamente algo que al niño le es propio: su inocencia. Estado prístino del alma bautizada que es la delicia de Cristo. De aquella se sigue la separación de lo que estaba unido, la separación de los niños de la compañía de Jesús. ¿Cuántos son los niños que hoy no conocen el dulce nombre de Jesús? ¿Cuántos se ven privados de conocer el amor de predilección de Cristo? ¿Cuántos se ven privados de su amistad? En fin ¡Privados de la Eucaristía!

Les confieso que se llena de congoja el alma cuando vemos cómo esta sociedad putrefacta torna lo limpio en inmundo, lo puro en impuro. El demonio ha conseguido que el hombre nombre al bien, mal; y al mal, bien.

La última novedad, que no por nuevo es bueno –como la *mente moderna* piensa– es la *resignificación* que el Gobierno realizó del Día del Niño, nombrándolo como Día de las Infancias (sic). Claro que, como dice Castellani, no se la puede hacer reír a la gente por decreto, pero el Estado, metiendo las narices donde no le incumbe, va machacando y machacando y al final muchos aflojan.

Nótese que hemos colocado en bastardilla el término “resignificación”, porque esta palabrita, al igual que “visibilizar” o “deconstruir”, son muletillas que los *babélicos* usan constantemente, y por esa constancia, como la gota que horada la piedra, penetra en la mente de muchos, aun de los más precavidos (¡Más aun, en la misma Iglesia!). Y esto, claro, no es al voleo, es una estrategia y forman parte del imaginario ideológico construido por la Escuela de Franckfurt y que se ha esparcido, como fétido líquido cloacal, en todos los ámbitos de la sociedad y en particular está encaramado en las universidades (¿?) y en los gobiernos de toda laya que se vienen sucediendo desde hace dos décadas (y más) en nuestra maltratada patria.

Digamos algo sobre la Escuela de Franckfurt para poner en contexto esta *resignificación del Día del Niño*. Conformada en su mayoría por judíos y, a la vez, heterodoxos marxistas dirigieron su atención a la supra-estructura, es decir, a la cultura, proponiendo una *revolución cultural* (Gramsci) que tiene por fin la re-ingeniería social anticristiana, de la que hablaba el recordado P. Sanahuja. Para que esta re-ingeniería sea efectiva recomiendan, entre otros, los siguientes puntos:

- La educación sexual y sobre homosexualidad a los niños.
- La destrucción de la autoridad: del padre en la familia; también en los colegios y de los profesores.

No es casualidad que hoy vivamos la plena vigencia de los mismos. Ambos puntos se llevan a cabo con una precisión admirable y por todos los frentes. Mas, también debemos mirarnos y darnos cuenta de que, viendo que el mal se avecinaba, no se hizo nada o muy poco. Al parecer se cumple aquella afirmación del Señor: los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz (Lc. 16, 8).

Detengamos en el primer punto, que ahora merece nuestra atención. Detrás de este mentado “Día de las Infancias” hay una morbosidad diabólica. Es cierto que la vivencia de mi infancia y la infancia de cualquiera de ustedes es diferente a otra, eso no está en discusión, pero el trasfondo está infestado de ideología de género, que es lo mismo que decir con pestilente olor a azufre. Así como Cristo tiene predilección por los niños, el Demonio los “privilegia” pero con un odio insondable, pues le recuerdan lo que él no tiene: *humildad*. Y porque son la viva imagen del Niño.

Decíamos que la ideología de género está detrás de todo esto porque no es *principalmente* a la pluralidad de experiencia de la infancia a lo que hace referencia, esto es simplemente una pantalla, sino a la “diversidad sexual” y a la aritmética igualdad que propalan a diestra y siniestra. Entra así a configurar el horizonte de la niñez las “*infancias trans*”. Es decir, nenas que se consideran nenes y nenes que se consideran nenas. Y así tenemos noticias de pequeños que “no se sienten a gusto con lo que son y quieren ser nena o nene”, según el caso. Todo esto avalado por los Derechos del Niño (sic), el Estado y, también, sus padres. Estos últimos o están enceguecidos y se dejan llevar por la ola del *estar al día* o son convencidamente malvados. Un niño de 5 años al que, generalmente, no se le deja elegir ni qué comer ni cómo vestirse, se le permite que ¡cambie de sexo! El desarrollo psicológico aquí no tiene peso alguno frente al *sentimiento* del niño. ¿Acaso no saben los malditos de todo este jaez luciferino que recién a los 10 u 11 años se logra una valoración competente de los procesos cognitivos? Un niño de 5 años carece de un pensamiento lógico que le permita sopesar las consecuencias de sus decisiones y actos. Lo que nos lleva a afirmar, lisa y llanamente, que lo que se hace con estos niños es un *abuso*. Hay un aprovechamiento deshonesto de estos niños. Les mienten y los confunden. Tretas estas últimas propias del demonio, en las cuales hay siempre una semilla de *homicidio*.

Esto último nos devuelve al principio, a la sorprendente intuición de Chesterton: se mata la infancia, pero se deja vivo al infante. Hay un *homicidio*, el más cínico e impúdico, el del alma niña. Este infante ha visto mancillada su alma por estos emisarios de Satanás, que goza más con esta muerte que con la del cuerpo en un aborto. Estos últimos irán al limbo al carecer de bautismo, pero, confiando en la misericordia de Dios, seguramente algún día estarán reinando con Él. Pero aquellos, aquellos que han sido privados de la gracia están muertos aunque vivan. Mas, también confiamos en esa misericordia de Dios que busca a la oveja perdida. Estos son los verdaderos niños que *pierden su infancia* porque extravían al Enamorado de su alma.

A los infelices propiciadores de escándalo los exhortamos a convertirse. Pero, ¡Ay! de ellos si no se convierten, les hubiese convenido no nacer, porque en la hora del Juicio se enfrentarán al severo castigo del Juez que no les perdonará el haber apartado de Él a sus predilectos.

Ante este objetivo siniestro del *padre de la mentira* es impostergable, urgente y forzoso cerrar filas. La familia, nuestra familia, en este preciso instante del tiempo en el cual todo parece oscurecerse, debe ser una fortaleza, un alcázar que debemos defender hasta las últimas consecuencias. Tenemos mucho que hacer, aún con este riesgo espantoso vislumbrándose en el horizonte. Pero teniendo presente, en el interior de nuestro corazón, que contamos con la protección de María Santísima, de quien está profetizado que pisará la cabeza de la serpiente, y con la promesa de nuestro Señor:

“No temáis, Yo he vencido al mundo”

13 de agosto

Mártires de Barbastro